

Recreando a Peter Pan

El pajarito blanco
James Mathew Barrie
Barataria. 308 págs.

James Mathew Barrie será conocido universalmente por haber dado vida a uno de los personajes más reconocibles de la iconografía literaria: Peter Pan. El escritor escocés ya había escrito sin embargo otras obras (*El pequeño ministro*, *Tommy sentimental*, *Mary...*) antes de que el joven que no quería crecer apareciera en escena. Y es precisamente en *El pajarito blanco* donde surge por primera vez este personaje inspirado en los niños de la familia Lewellyn Davies. En esta novela se narra la relación de dos personajes, un militar solterón y maniático re presentado en el propio Barrie y un niño que lo adopta como padre. En la obra aparecen algunas de las claves de la literatura del escritor: la negación de la vida adulta, el dolor por los amores no correspondidos y especialmente la magia representada en ese joven "que voló desde su habitación porque no había olvidado aún su vida anterior de pájaro". Porque como apuntaba el propio Barrie, "quizás todos nosotros podríamos volar si estuviéramos tan seguros de poder hacerlo como lo estuvo Peter Pan aquella tarde".



Treinta miradas de mujer

Perlas para un collar
Ángeles de Irisarri /
Toti Martínez de Lezea
Suma de Letras. 308 págs.

Que Toti Martínez de Lezea se maneja como pez en el agua en la novela histórica lo demuestra el hecho de que es capaz de adentrarse en una época distinta del pasado y seguir cautivando a sus lectores. Si además, se une con otra de las escritoras que mejor se manejan en el género (Ángeles de Irisarri), el éxito editorial está asegurado. En *Perlas para un collar*, las dos escritoras han recreado la vida de 30 mujeres musulmanas, cristianas y judías en la España de la Edad Media. Y lo han hecho a través de otros tantos relatos en los plasman la mirada "de aquellas mujeres que apenas aparecen en los libros: viudas, adúlteras, prostitutas, taberneras, cirujanas, parteras..., cada una de ellas situadas en su propio entorno", en palabras de Martínez de Lezea. La idea partió de Ángeles de Irisarri, y la autora alavesa recogió el testigo, de tal forma que la primera se ocuparía de diez mujeres cristianas y la segunda de las judías. Luego, ambas se repartieron la semblanza de otras tantas mujeres musulmanas. A través de ellas el lector puede adentrarse un poco más en la Edad Media y descubrir la Historia gracias a dos de las escritoras que mejor se mueven en ella.

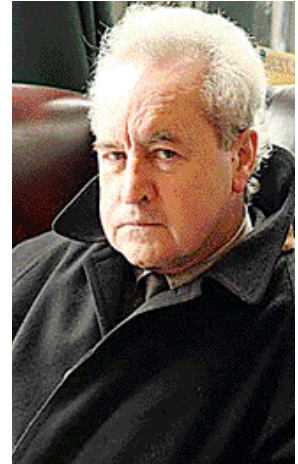


Dos irlandeses en la corte del género negro yanqui

En sus más recientes novelas, los escritores irlandeses John Connolly y Benjamin Black, utilizan escenarios norteamericanos tanto para penetrar en las miserias de los servicios de inteligencia como para diseccionar el alma de su país de origen



John Connolly



Benjamin Black

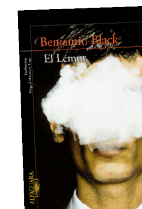
La aportación irlandesa a la literatura internacional es sobradamente conocida, nombres como los de Oscar Wilde, George Bernard Shaw o James Joyce avalan sobradamente esa afirmación, por eso no deja de ser extraño que en un país cuya expresión literaria se manifiesta mayoritariamente en inglés, el idioma en que la novela policial hizo sus primeros escarceos, no se haya desarrollado, como ha ocurrido en Inglaterra o en los Estados Unidos, una escuela propia de novela negra. Hoy en día, y pese a brillantes excepciones como la de Ken Bruen, no se puede hablar de una novela negra irlandesa del mismo modo que mencionamos con total naturalidad el género negro escandinavo, la novela negra escocesa (lo que los franceses, siempre tan sutiles en las descripciones, llaman "tartan noir"), el neopolar francés o la nueva novela negra latinoamericana. Y sin embargo lo irlandés y lo negro siempre han estado unidos. De hecho todo aficionado a las novelas o películas del género tiene que admitir que no hay nada tan tónico como el policía, habitualmente neoyorquino, de origen irlandés, por lo general tosco y bruto pero de buen corazón e incorruptible, salvo cuando está en juego el bienestar de su familia y sus amigos. Y quizás ése sea el problema, el que lo irlandés esté tan unido a lo norteamericano que cuando los escritores negros irlandeses perfeccionan sus tramas tengan los ojos más puestos en los Estados Unidos que en su isla de origen. Éste podría ser el caso de dos de los autores que recientemente han publicado en España un par de estimables obras del género, John Connolly y Benjamin Black.

La culpabilidad

John Connolly no es, precisamente, un recién llegado a la novela negra. Su serie protagonizada por el detective Charlie Parker, un ex policía atormentado por el asesinato de su mujer y su hija, es suficientemente conocida no sólo en los Estados Unidos sino también en España, donde ha alcanzado un notable éxito. En su última novela, *Los hombres de la guadaña*, Parker pasa a ser un personaje secundario aunque importante y cede el protagonismo a dos viejos amigos, Louis y Ángel, una pareja de asesinos a sueldo que son también pareja sentimental, y que en alguna ocasión le han ayudado, no tanto a resolver sus casos como a no sufrir la ira de aquellos a quienes investigaba. En esta ocasión es Louis quien se verá en apuros. Su pasado como miembro de una extraña organización de asesinos a sueldo, "Los hombres de la guadaña", que trabajaba a menudo para organizaciones dependientes del gobierno americano, le va a pasar factura en forma de una sutil venganza de la que va a ser objeto.

La novela que nos ofrece Benjamin Black, *El lémur*, en cambio, no tiene aparentemente nada que ver con la de Connolly. El sórdido ambiente de los asesinatos a sueldo y de los servicios secretos que los manejan cede en esta novela su testigo al "glamour" de la Quinta Avenida. John Glass, un reconocido periodista de éxito retirado tanto a consecuencia del hastío que ha llegado a causarle su profesión como por haberse casado con la única heredera de un magnate de origen irlandés, Big Bill Mullholland, al que todo el mundo, incluida su hija, denomina con el apelativo no excesiva-

mente cariñoso de "Billones", es contratado por el padre de su mujer para que escriba su biografía. A Glass, para ser lo más objetivo posible y no trabajar sólo con los datos que le proporciona su enriquecido suegro, no se le ocurre una idea mejor que contratar a un dudoso detective privado, Dylan Riley, que posee un asombroso aspecto de lémur, el cual pocos días después aparecerá asesinado tras haber intentado chantajear al propio Glass. ¿Simple coincidencia o ambos hechos están relacionados?



no literario sino real, los hombres de la guadaña imaginados por Connolly podrían haber estado al servicio del equivalente al honorable agente Mullholland, ideado por Benjamin

Black, y cada uno, desde su punto de vista, completarían esa zona oscura a la que ningún gobierno ni ningún país, como se ha dicho, es ajeno.

Con estas dos novelas Connolly y Black nos están diciendo que sí existe la novela negra irlandesa pero que, al igual que millones de sus compatriotas, ha tenido que emigrar a los Estados Unidos para poder desarrollarse libremente. Y quizás la clave de ambas novelas y de su conexión con el espíritu irlandés nos la puede dar una conversación que aparece en *El lémur*, cuando John Glass le dice a su amante, también irlandesa: "has dicho que se siente culpable. ¿Por qué, si no lo es?" y su amante le responde: "eres irlandés. No me irás a decir que no es posible que alguien se sienta culpable por más que sea inocente del todo". La culpabilidad, o mejor dicho el sentimiento de culpabilidad, tal vez herencia de la religión católica tan fuertemente asentada en Irlanda, se encuentra al fondo de ambas novelas que, independientemente de cuál sea el escenario en el que sitúan a sus personajes, sólo pueden entenderse partiendo de la asunción de las raíces de ambos escritores. Pero, por encima de todo, lo que de verdad hermana a Connolly y Black, más que su nacionalidad, es su capacidad para emocionarnos y hacernos disfrutar con sus historias. Compruébenlo ustedes leyéndolas.

Demuestran que sí existe la novela negra irlandesa pero que ha tenido que emigrar a los Estados Unidos para poder desarrollarse libremente

Los irlandeses Connolly y Black se dan, por tanto, la mano al diseccionar, cada uno desde un punto de vista diferente, una de las zonas más oscuras de los servicios de inteligencia no sólo del gobierno norteamericano sino de prácticamente todos los países desarrollados, servicios que por lo general suelen gozar de una libertad absoluta para actuar del modo que mejor les parezca, sin someterse a controles democráticos de ningún tipo. Quién sabe, quizás en un plano

José Javier Abasola